

II

Pasando de la biografía á la obra, del autor al libro, preguntaré, como V. lo hace: ¿por qué una sátira contra los libros de caballerías, como se dice ser el *Quijote*, es hoy lectura universal? Esta es una pregunta difícil de contestar, que no puede responderse sin maduro examen, pero á la que V. trata de dar solución por un medio que, á la verdad, me parece harto pequeño.

«Si el hidalgo de la Mancha no se hubiera armado más que para atacar vicios pasajeros de la complejión literaria y aun social de su época, el libro del *Quijote* se podría en los estantes de las Bibliotecas, sin salvarle todo el donaire de su autor.» Tiene V. razón que le sobra, Sr. Benjumea; en eso estamos conformes y lo están cuantos literatos se han ocupado directa ó incidentalmente de ese libro prodigioso. La causa de la popularidad del *Quijote* es preciso buscarla en otra parte; es necesario que tenga otro objeto más profundo esa obra festiva que así conmueve y embelesa hace dos siglos y medio á la humanidad entera, y que desespera y hace trabajar á los sabios de todas las naciones.

¿Y cuál es la causa profunda que la ESTAFETA DE URGANDA nos presenta para explicar la popularidad creciente del *Quijote*? Este libro como sátira contra un género de literatura, estaría olvidado hace muchos años, pero «son negocios particulares entre Cer-

vantes y su adversario el Doctor Blanco de Paz, y negocios que por la fatalidad de la época tuvieron larga corriente y no le abandonaron hasta el sepulcro.» ¡Sea todo por Dios! ¿Y es más propia esa causa que la otra para explicar la popularidad de la obra de Cervantes? ¿Interesan más á la posteridad esas rencillas, esa especie de polémica, que la sátira contra los libros de caballerías? Creo que no es esta la manera de darnos el *Quijote* desencantado.

Detrás de la celada de papelón está el rostro de *Cervantes*, según la opinión de V., Sr. Benjumea; las lanzadas de Alonso Quijano *el bueno* á los molinos de viento, á los monjes Benitos, á los *encamisados*, son golpes que *Cervantes* asesta á Juan Blanco de Paz! ¡Oh prodigio!

¿Y quiere V. decirme qué importan á la humanidad todos los denuestos, golpes y heridas que pudiera dar *Cervantes* á ese oscuro personaje que nadie conoce, que á nadie interesa, y del que solamente sabemos que fué enemigo de *Cervantes* en Argel? En este punto, como en otros muchos, es preciso restablecer la verdad y abrir los ojos á los incautos que pudieran caer en las engañosas redes que usted, Sr. Benjumea, va urdiendo con bello pero mentiroso artificio. De Juan Blanco de Paz no se sabe una letra más que lo probado por Miguel de Cervantes en la información practicada en Argel. En ella dicen los testigos que por el año 1577, llegó allí cautivo Juan Blanco, nos refieren su modo de vivir escandaloso, hablan de sus fechorías; pero ninguno dijo que

lo hubiese visto rescatado, ni si volvió á España ó murió en aquella apartada región.

¿De dónde, pues, deduce V., Sr. Benjumea, que el encantador invisible que perseguía á D. Quijote fuera el mismo Blanco de Paz? ¿En qué dato se funda V. para asegurar que la Inquisición tuvo parte en las desventuras de Miguel de Cervantes? Hasta ahora nadie había vertido semejante aserción; y sospecho que después de dicho por V., nadie lo ha creído todavía.

Como prueba de ese flamante y peregrino descubrimiento que V. ha hecho, corre después en la ESTAFETA DE URGANDA el que se intitula «especimen del »comentario relativo á la auto-biografía ó personalidad de Cervantes,» tomado de la aventura que usted llama con repetición de los *disciplinantes*; descuido en que nadie incurriría y que es imperdonable en un cervantista, como V. debe de serlo. En esa aventura no hay disciplinas ni *disciplinantes*. El autor la llama *del cuerpo muerto*; los lectores en general, dicen la *de los encamisados*, pero nadie sino usted, ha cometido el error de decir disciplinantes á los que conducían á Segovia el cuerpo de aquel caballero muerto de calenturas pestilentes.

En ese capítulo y aventura, que sin artificio verdaderamente lo parecía, recordó Miguel de Cervantes lo acaecido en el robo y traslación del cuerpo de S. Juan de la Cruz, cuando personas piadosas se empeñaron en llevarlo de Ubeda á Segovia, apesar de los asombros que en el camino se ofrecieron á los

raptos; suceso que tuvo lugar en 1593, y que quizá el autor presenció ú oyó referir apenas ocurrido, pues entonces viajaba por aquellos lugares. ¿Es creíble que un ingenio de la altura de Cervantes se entretuviera en puerilidades semejantes á quebrar una pierna por escrito á su enemigo y ponerle el lanzón al rostro? ¿Era esta venganza digna de un talento superior? ¿Interesaban á la posteridad estas pequeneces?

Y aun concediendo, siquiera en gracia de lo del anagrama, que en esa ocasión se acordara Cervantes del que se titulaba Doctor y no lo era, y le diese un remoquete así como de burla y de pasada; ¿habremos de suponer por eso que toda la historia de D. Quijote es un libelo contra Blanco de Paz? ¿Merece tantas disquisiciones ese descubrimiento de enemistad que está mejor comprobado con la información que existe en el Archivo de Indias de Sevilla?

Un error conduce siempre á otros. Partiendo del supuesto de que Blanco descubrió las alusiones contenidas en el *Quijote* á la publicación de las *Novelas ejemplares*, supone V. á aquel insigne Doctor, autor del *Quijote* de Avellaneda.

La idea no es nueva, Sr. D. Nicolás, pero es equivocada. Yo en este punto no quiero entrar en discusión. D. Cayetano Rossell descubrió, á mi entender, la verdadera alusión contenida, no en los hechos, pero sí en el nombre de Sancho Panza, apodo que, mucho antes de la publicación del *Quijote*, quizá desde que era

..... estudiante
oficial ó paseante,

se daba, sin que sepamos por qué motivo, al

..... confesor
del ya difunto monarca
que de la vena del arca
fué en Osuna sangrador.

Según dice Villamediana. Esa alusión satírica del *Quijote* de Cervantes, ó sea de Benenjeli, dió lugar á la publicación de la segunda parte compuesta por Aliaga, ó sea por Avellaneda, en la cual se ponderan los servicios de Sancho no menos grandes que verdaderos. Las estudiosas aclaraciones de D. Cayetano Alberto de la Barrera y la fundada opinión de don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, unidas á los datos anteriores, me parece que deciden la cuestión sin ulterior recurso, demostrando que el *Quijote*, llamado de Avellaneda, reconoce por autor á Fray Luis de Aliaga.

Pero como aun parece que insiste V. en sus trece después de lo que han escrito los dos autores citados antes, voy á añadir aquí con la brevedad posible otras dos ó tres razones de mi propia cosecha, no porque las crea mejores, sino por arrimar también mi grano de arena á la obra meritoria de patentizar quién fué el verdadero autor que se ocultó bajo el nombre de Avellaneda.

Que Cervantes lo sabía y conocía bien á su enemigo se desprende con harta claridad de las expresiones que deja escapar en el Prólogo de la segunda parte de *D. Quijote*. Para estampar de un modo tan afirmativo que el autor encubre su nombre y finge su patria, preciso era que conociese el nombre y la patria verdaderos. ¿Por qué causa, pues, no los lanzó desde luego al público? ¿Quién le impedía entregar á aquel disfrazado autor al castigo de infamia que su acción merecía? El impedimento fué la elevación del personaje disfrazado á quien era peligroso desenmascarar; por eso dice Cervantes *se contenía mucho en los términos de su modestia*; por eso le llama *señor autor* y aun señor á secas, indicando así que era persona constituida en dignidad, que entonces no se prodigaban las señorías como en los tiempos que han seguido.

Para suponer á Blanco de Paz oculto detrás del sabio Alisolan, era preciso empezar demostrando que aquél vivía aún en 1614, de lo cual no hay dato alguno, y que había alcanzado dignidades ó altos empleos á su regreso á España, si es que volvió, lo cual tampoco se sabe: traer algún documento en donde se viese que Blanco sabía y podía escribir una obra capaz de darse al público, y que sirviera también para conocer su estilo como conocemos el de Fray Luis Aliaga y descubrir en el *Quijote* llamado de Avellaneda alguna alusión que transparentase, siquiera fuese ligeramente, la figura de aquel que se titulaba comisario y no lo era.

Usted lo ha dicho: es preciso que la doctrina é

interpretación del *Quijote* contenidas en la ESTAFETA DE URGANDA sean verdad por entero, ó error por entero. Como yo las creo equivocadas, veo que le han llevado á V. á dar por autor del *Quijote* de Avellaneda á quien no lo es en efecto.

III

Que el objeto principal y primero que *Cervantes* se propuso al escribir la historia del ingenioso hidalgo, fué hacer en *todo él una invectiva contra los libros de caballerías sin mirar á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tenían los tales libros*, nos lo dice expresa y terminantemente el autor en el prólogo de la obra; echando así por tierra, con su leal y autorizada palabra, toda esa mal fundada máquina, que V. levanta en la ESTAFETA DE URGANDA.

Entre *Cervantes* y los críticos, *Cervantes*: cuando el autor nos dice claramente su propósito, no hay que dar tormento á la imaginación para entenderlo.

«En Sancho Panza, á mi parecer, te doy cifradas »todas las gracias escuderiles que en la caterva de los »*libros vanos de caballerías* están esparcidas.» Así termina el prólogo de la primera parte. ¿Y es posible, Sr. D. Nicolás, que un hombre como *Cervantes*, teniendo el *delirio*, que V. le supone, por las historias caballerescas, llamase *vanos* á esos libros, y tratase de desterrar su lectura? ¿Un apasionado de esas obras

de aventuras las hubiera llamado *malditos libros de caballerías, desalmados libros de desventuras, libros descomulgados*, como lo hace *Cervantes* por boca de la sobrina en el capítulo 5.^o de la primera parte? ¿La hubiera emprendido contra ellos con la poderosa arma del ridículo, como lo hace desde el principio de la historia? Entre V. y *Cervantes*, estoy por el manco, señor Benjumea, que tartamudo y todo, sabía hablar perfectísimamente y escribir con claridad.

Tal fué, á mi parecer, el objeto primero del *Ingenioso hidalgo*. La causa que determinó á *Cervantes* á escribirlo, y que le inclinó á hacerle nacer en Argamasilla de Alba, describiéndole seco y avellanado, con otras circunstancias y accidentes que parecen tomados del natural, preciso es buscarla en alguna de las desventuras que en su azarosa vida ocurrieron al príncipe de los ingenios. Él no quería acordarse del nombre de aquel lugar de la Mancha de donde hizo hijo á su héroe, y esto, á mi ver, sin que pueda decir á V. la razón, pues hay cosas que son para sentidas y no para demostradas, era por los sinsabores que en tal lugar había experimentado. ¿Es violento suponer que *Cervantes*, que pasó en comisiones de apremio á Granada, Jaén y Ronda, aceptase otros cargos semejantes para los pueblos de la Mancha? ¿No es probable que por su mismo empleo de ejecutor fuera mal visto por los deudores? ¿No es muy posible que éstos se entregasen á algún acto violento contra él? Su residencia allí es innegable: el *Quijote* y el *Persiles* lo prueban con demasiada claridad. Las tradiciones que

recogió el Sr. Jiménez Serrano y publicó en su *Paseo á la patria de D. Quijote* y la referente al retrato de D. Rodrigo Pacheco, que existe en la iglesia de Argamasilla y á quien «se le cuajó una gran frialdad en el cerebro,» tienen un fondo común que las hace muy apreciables, y encierran, á no dudarlo, la causa determinante de la creación del *Ingenioso hidalgo*.

Con tal objeto y por esa causa empezó *Cervantes* á escribir el libro inmortal, que su mente concibió entre los hierros de la casa de Medrano; mas no crea V. por esto, Sr. D. Nicolás, que yo sostengo que el *Quijote* no es más que una sátira contra los libros caballerescos, una alusión á sus desventuras en la Mancha. Nada menos que eso.

Cervantes, con el objeto y por la causa expuesta, concibió los dos principales personajes, y dió principio á su fábula con ánimo de escribir una novela agradable como la del *Celoso Estremeño*, ó la *Española Inglesa*, aunque de mayores dimensiones; pero prendado de su asunto, habiendo creado dos caracteres originalísimos y en cuyo desarrollo cabían las más altas ideas, las más fecundas concepciones, dió rienda suelta á su caudal fertilísimo, abrió los tesoros de su ingenio y escribió, casi sin levantar la pluma, la *Primera parte del Ingenioso hidalgo*. Esa, por más que V. lo contradiga, no fué la obra de toda su vida; fué un parto feliz y espontáneo de su imaginación, y la obra entera con su lozanía y sus incorrecciones lo revela así.

La causa fué pequeña, el objeto primitivo pura-

mente literario; después el ingenio, la imaginación, el talento profundo y superior de *Cervantes* hicieron lo demás. Tendió las alas, y abrazó en su obra horizontes inmensos, que ni aún sospechaba al principiar á escribirla. Pintó en el caballero y el escudero al hombre moral y físico, con sus aspiraciones sublimes y su tosca materia, y copió en los demás personajes de la fábula todos los caracteres, vicios y cualidades de la humanidad en su múltiple variación. Esta es la verdadera causa de la popularidad inmensa del *Quijote*, de que no haya nación ni lengua donde no se traduzca, se comente, se lea, se ilustre y se admire.

Don Quijote y Sancho Panza
compendian la humanidad.

Y por esto el libro de *Cervantes* vive y vivirá siempre, porque, como dice un escritor contemporáneo, su autor «acertó á hacer un libro para los hombres de todas las clases, de todas las edades, de todos los países y de todos los tiempos.»

Paréceme, Sr. Benjumea, que esta causa de la popularidad del *Ingenioso hidalgo*, es algo más grave, algo más digna que los *negocios particulares* entre *Cervantes* y Blanco de Paz. Si el libro sólo contuviera ese secreto, muy poco interesaría su lectura á la generación presente, y menos aún á la Francia, á la Inglaterra, á la estudiosa Alemania y á las demás naciones.

Su secreto es la grandeza
De ingenio del escritor.

Si la humanidad no se viera retratada en él con sus vicios y sus virtudes, con su eterna aspiración de lo infinito y su eterna lucha con la materia, el libro no sería leído, no se repetirían sus ediciones.

¿Ne connais-tu pas Don Quichotte?
Voilà l' esprit pur, lance au poing.
Son ecuyer boit, mange et rote;
C' est la chair en grossier pourpoint.

Así lo juzga Beranger, genio ilustre, pensador profundo, que en una sola pincelada dice más acerca del mérito de esa obra colosal, que otros han dicho en gruesos volúmenes y largas disertaciones, y que por cierto no está entre los extranjeros que de *menor á mayor* nombra V. en la ESTAFETA DE URGANDA por haberse ocupado del *Quijote*; aunque yo creo que bien merecía ser tomado en cuenta.

Así pienso yo que nació, creció y se desarrolló toda la primera parte del *Ingenioso hidalgo*. Espontánea siempre, hija de verdadera inspiración, salía la fábula ligera y animada, descuidada á veces, interesante y viva en todas ocasiones. *Cervantes* dejaba allí correr sin trabas su lozana fantasía, el *Quijote* salía espontáneo de su cabeza según la gráfica expresión de D. Antonio Cavanilles, y escribía según brotaban en

su imaginación las más festivas aventuras con las más donosas ocurrencias. Ora se acordaba del escudo que ostentaba el caballero y del molino de viento, ora pensaba en los sucesos á que dió lugar la traslación del cuerpo de San Juan de la Cruz, ora se le venían á la memoria los recaudadores de impuestos, los magnates orgullosos que esquilaban al pueblo y los presentaba con alusivos motes y oscuros disfraces, según la alusión que ha creído encontrar el Sr. Fernández Guerra, aunque en mi sentir equivoca los personajes designados por *Cervantes*, que eran mucho más elevados de lo que en general ha creído.

Pero todos esos sucesos bullían un momento en la imaginación de *Miguel de Cervantes*, sin ser ninguno de ellos objeto preferente de su trabajo. Eran aristas que caían en la llama de su ardiente ingenio, y que allí cobraban vida y salían á la luz transformadas, brillantes y deslumbradoras. Sus alusiones descubiertas, y otras muchas que debe encerrar el *Ingenioso hidalgo*, sólo fueron en las manos de *Cervantes* medios de que se valió para poner en juego, en acción sus personajes.

No negaré que alguna vez recordase el autor tal ó cual suceso, feliz ó desgraciado, de los muchos que había pasado en su azarosa vida; pero no creeré por esto que el capítulo ó la aventura en que tal suceso pueda considerarse como auto-biografía, y deba introducir alteraciones en la historia de su vida. *Cervantes*, cuando presentaba alguno de esos sucesos, los desfiguraba completamente, y basta para prueba re-

cordar la historia del polaco en el capítulo 6.º, libro 3.º del *Persiles*, en cuyo principio se encuentra mención del suceso de D. Gaspar de Espeleta, pero con variaciones tales, que si el hecho no se supiera con todos sus pormenores, se sospechase en él una alusión y se tomara la historia del polaco por autobiografía, se cometería el mayor de los errores.

Una palabra para concluir. Las multiplicadas y luminosas enmiendas que en la edición de Argamassilla ha introducido el Sr. D. Juan E. Hartzenbusch, estudiando las primitivas, deben empeñar á la Academia Española en justificar y fijar la lectura del *Quijote*, dando un texto que sea oficial, si así puede llamarse; empresa de honra para la corporación y para cada uno de sus individuos; servicio inmenso á las letras en general y á la literatura patria en particular, y tributo que se debe de justicia al gran nombre de *Cervantes*.

De igual importancia sería también el que la corporación citada ó algún particular por su gusto é interés, emprendiesen la publicación de todos los folletos, juicios, apologías, notas é impugnaciones á que ha dado lugar y de que ha sido objeto *D. Quijote*, tanto en España como en el extranjero, pues hoy es muy difícil, si no imposible, reunirlos todos. Y de estimar sería, por último, que en un solo volumen y por copias autorizadas tomadas de los mismos originales, se publicasen, íntegros todos los documentos que existen relativos á la vida del príncipe de los ingenios españoles.

Muy lejos estoy, Sr. D. Nicolás Díaz de Benjumea, de pensar que estas desaliñadas cartas contengan una impugnación del precioso y estudiado folleto publicado por V.; mis aspiraciones se limitan á que, si de algo valen, tenga V. presentes estos advertimientos, al concluir los «Comentarios filosóficos del Quijote,» cuya publicación desean todos los apasionados del Cervantes y más quizá que todos este s. s.

Q. L. B. L. M.

J. M.^a A.

Sevilla, 1863.